

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*Covadonga*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*La Primavera* (poesía), por D. Ernesto García Ladevese.—*La Cruz del Olivar* (continuación), por D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 847.—*Grabado de Labores*, núm. 61.

## REVISTA DE MADRID.



**N**O es preciso apelar á los recursos de la imaginacion, lectoras mías, para dar unas cuantas vueltas alrededor de Madrid, que nos den por resultado una Revista. No tenemos que fatigarnos mucho ni trabajar á solas en el dorado campo de la fantasía, para revestir de colores el alegre desórden de nuestros espectáculos, y engalanar los sucesos que os puedan interesar. Basta solo abrir los ojos y fijar la mirada en la primer sonrisa de la primavera que se hospeda en nuestros jardines, para cumplir, sin esfuerzo nuestra delicada mision con una pintoresca Revista primaveral.

No es la luz, ni las flores, ni los matices del cielo, ni el verde follaje de la espesura lo que mas caracteriza á la primavera en las orillas del Manzanares. No nos referimos á ese fecundo Abril del cielo meridional, que pinta los verjeles, nutre los arroyuelos en la flotante cárcel de las praderas, y crea en el seno de las brisas esos alados géneos que duermen en el cáliz de los claveles, y que se llaman mariposas. Dios sembró de maravillas aquellos bosques con un soplo divino. La luz decoró como un rio de oro la bóveda celestial, y la tierra, en un estremecimiento de placer, brotó mares de flores. Aquella es la primavera del campo; la primavera que se reclina en dulcísimo abandono sobre los tranquilos valles, y embellece las mas agrestes y solitarias montañas, con mantos de violetas y de amapolas.

Aquí, la primavera es una primavera elegante; un Abril de buen tono que prefiere á la soledad de los valles en la aldea, el engrandecimiento de la capital y el bullicio de las gentes.

Aquí la primavera despierta en nuestros paseos; sonríe en las tardes de la Castellana; refleja en los adornos de las mujeres; se revela en nuestra animacion, y vive con nos-

otros en ráfagas de placer, en alegres ilusiones, en deliciosos sueños. Para que lo entendais mejor, lectoras mías, en otras partes brota la primavera con sus flores, con sus murmullos, con todos sus primorosos atavíos. Aquí nos contentamos con hacer primavera, como el magnate improvisa un Abril en esa especie de Academia de las flores que se llama estufa.

La primavera nos exige tambien una profunda contemplacion donde quiera que se presenta, y aquí no está su verdadera idolatría, puesto que cualquier cosa nos hace abandonarla. El pretexto de los jardines de Aranjuez y de las brisas de la Granja, se trocará este año por la necesidad indispensable de visitar la Exposicion de París, admirable drama que exige espectadores á todas las naciones del mundo.

Y efectivamente, son muchos los elegantes viajeros que se preparan á abandonarnos para presentarse en ese grandioso centro de la civilizacion contemporánea.

Desde el árbol que desafía á la tempestad, hasta la planta humilde que apenas se levanta de la tierra; desde el ave de nuestros horizontes y de nuestros climas hasta la que duerme en las palmeras de los desiertos mas desconocidos; la naturaleza con todas sus magníficas galas; el arte con todo su esplendor; las ciencias con su fecunda lozanía y sus secretos maravillosos, tendrán un trono brillantísimo en la cercana Exposicion. Todos los paises acudirán allí con su verdadero carácter, haciendo gala de sus riquezas los unos, de sus adelantos los otros, y de su magnificencia todos.

Entretanto, nosotros permaneceremos aquí siguiendo el curso de la alegre estacion que nos sonríe, y que empieza á revestir de colores todo cuanto nos rodea.

La primavera de la música acaba de hacer su entrada triunfal en el Circo del Príncipe Alfonso con los mimados



conciertos de Barbieri, que tienen lugar todos los domingos. Las noches de los Jardines de Apolo; aquellas noches de Julio que fueron el encanto de la sociedad madrileña, aparecen en las tardes de Abril con todos sus misterios y con todas sus bellezas incomparables. La batuta de Barbieri, como la vara de Moisés, que inundaba de agua cristalina las abrasadas llanuras, haciéndola brotar de la peña de Oréb, lanza raudales de armonías que inundan nuestros corazones. Desde la profunda y severa escuela alemana, hasta las ardientes y delicadas melodías de los cisnes italianos, Barbieri cautiva nuestras almas con el torrente de sus notas, y nos conduce hasta las mas ignoradas regiones del arte y de la inspiracion. Primavera de la música hemos llamado á sus conciertos, y verdaderamente ellos son el atractivo mas ideal de nuestras damas y de nuestros artistas. Adonde se escucha la buena música, y donde se presentan las bellezas mas seductoras de Madrid, indudablemente debe existir el alcázar de la primavera.

La literatura tiene su primavera tambien, y ya ha llegado hasta nosotros el perfume de algunas de sus flores mas bellas. Un libro de poesías donde hay lágrimas y suspiros, quejas y cantares; donde se aspira, digámoslo así, el perfume de la infancia de un poeta, ¿quién duda que es una lozana primavera de la imaginacion y del sentimiento?

García Ladevese joven que apenas cuenta diez y siete años, y que es ya ventajosamente conocido en la república de las letras, acaba de publicar un libro de poesías que engalanan el tocador de nuestras hermosas. No busqueis en Ladevese el amargo fruto de una experiencia que nadie puede exigir á sus años; no busqueis en sus versos el sabor de escuela ni la reflexión de una fantasía que no ha hecho hasta ahora mas que soñar. Ladevese canta como cantan las aves, como murmura el arroyo. Nació poeta, y la historia de sus versos se revela en este bellissimo cantar que encontramos en su libro:

No lloro males ocultos,  
No lloro desdichas hondas,  
Yo lloro porque estoy triste,  
Y las lágrimas me sobran.

Ladevese es un poeta que merece con justicia la benévola acogida que le ha dispensado el público.

Con tan admirable música, con tan buenos versos, y con nuestras amenas tertulias, bien podemos entregarnos, lectoras mías, á esa deliciosa tarea que se llama *hacer primavera*.

A. F. GRILLO.

## INSTRUCCION.

### COVADONGA.

Reunidos, no hace muchas noches en torno de una mesa, mientras el fuego chisporroteaba en la chimenea, y la conversacion en voz baja alegraba los ecos de la estancia, contemplábamos á favor del mágico estereóscopo, las bellísimas vistas que el dueño de la casa acababa de ofrecernos.

Casi todos los paises de la tierra pasaban rápidamente por delante de nuestros ojos, presentándonos sus paisajes, sus monumentos, sus trajes, y aun sus costumbres. Ya era un risueño palacio de Italia, ó una severa Catedral Alemana; ya una pagoda China, ó un desierto de Africa, con sus caravanas envueltas entre nubes de arena, los que arrancaban á nuestros labios exclamaciones de asombro y de entusiasmo.

Francia é Inglaterra, sobre todo, estaban reproducidas en sus menores detalles: los edificios mas pobres, los paisajes mas monotonos, ocupaban un lugar en aquella coleccion tan bella como numerosa.

—¡Arrojad esas láminas y ese estereóscopo, exclamó de pronto un anciano militar con indignado acento. ¡Estais neciamente admirando las maravillas extranjeras, y ni una sola mirada concedéis á las maravillas pátrias!

¡Pero no es vuestra la culpa: la culpa es de los artistas españoles, que van á beber su inspiracion en otros manantiales, que no son ni mas serenos ni mas puros que los del suelo que les dió la vida!

Nuestros poetas ya no abren los sepulcros, ya no investigan las ruinas para hallar el recuerdo de los héroes, sus antepasados, que asombraron al mundo con sus ínclitas hazañas, sino que se complacen en cantar los héroes extranjeros, las extranjeras glorias; los músicos desdeñan las dulces armonías que se elevan de nuestros bosques, los acordes deliciosos que despiden nuestros valles, para pedir á Italia y á Alemania otras armonías, quizás mucho menos bellas é inspiradas; los pintores...

Pero no: no es la culpa de los artistas: los artistas buscan gloria y utilidad, y es preciso que disfracen sus creaciones con trajes extranjeros, para que el pueblo español los aplauda y recompense.

¡Vergüenza y oprobio para nosotros, que así rendimos párias á las magnificencias de otros paises, teniendo tantas en el nuestro! ¿Por qué no se reproducen y se exponen á la consideracion del mundo nuestras majestuosas Catedrales, nuestros Alcázares moriscos, nuestros bellísimos paisajes? ¿En dónde están las láminas que representen los umbrales del palacio en donde los Reyes Católicos daban pública audiencia á sus vasallos, el pequeño puerto de Palos, de donde salió Cristóbal Colon, con sus tres carabelas



para dar á la España un mundo, adonde volvió cargado con los trofeos de su maravillosa conquista; ¡el Monasterio de Yuste, en donde el mas grande de los Monarcas quiso ser el mas humilde de los monjes; la gruta célebre de Covadonga...

¡Covadonga, cuna de las pátrias libertades! ¡Ah, nunca olvidaré los instantes que permanecí delante del principio monumento que se eleva en aquel sitio!

Habia recorrido de un extremo á otro la pintoresca Asturias; habia visitado sus alegres costas, sembradas de pueblecillos limpios y risueños, coronadas de peñascos, en los cuales se hallan en abundancia pólipos, zoofitos y conchas, que aparecen ó desaparecen, segun avanzan ó se retiran las bulliciosas oleadas del Atlántico; las bulliciosas oleadas, que á veces se internan por los valles formando rias de aguas verdosas, que todo lo fecundan; habia visitado sus agrestes y fragosas montañas, llenas de tajos y precipicios, de profundas cavernas, de picos que esconden su cima entre las nubes. ¡Vastas soledades, en donde solo crecen castaños, hayas, encinas, robles y abedules, en donde solo se oye el canto de los pájaros, el murmurio de las cascadas, y los gemidos del viento; habia visitado por último sus históricas ciudades, que se elevan tranquilas y severas, ya á los bordes del mar, ya en el centro de una campiña deliciosa. ¿Creéis que allí un fotógrafo no hallaria millares de paisajes que embelesaran los ojos?

Cuando salí de Cangas de Onís estaba el sol en su apogeo; pero tenia tantos encantos para mí aquella salvaje naturaleza, que aunque no dista mas que una legua y media de Covadonga, al llegar á este último sitio se escondia ya el astro de la luz entre los cortinajes del ocaso.

Un majestuoso silencio reinaba en aquel lugar sagrado, en donde Pelayo hizo resonar el grito de independencia!... Sobre la cúspide del comenzado santuario, parecia dormir una cigüeña; sobre la punta de un risco inmediato, estaba sentado un pastor, que guardaba seis ú ocho cabritillos. Tambien tenia una vaca, que inmóvil y silenciosa, solo de vez en cuando hacia resonar el cencerro que llevaba al cuello.

¡Ay, Santuario de Covadonga, ¿qué se hizo aquel Rey magnánimo, que después que las llamas consumieron en 1775 el venerable y antiquísimo templo, destinó tantas sumas para edificar uno nuevo y digno de aquel sitio, de aquel recuerdo, de aquel nombre? ¿Qué se hizo el célebre arquitecto D. Ventura Rodriguez, que después de haber luchado con los obstáculos casi invencibles que le oponia la naturaleza, levantó con tanto ardor el plan de la obra? ¿Qué se hizo por último el ilustre Jovellanos, que esclamaba con patriótico entusiasmo: «Día vendrá en que estos prodigios del arte y la naturaleza atraigan allí á los pueblos, y renazca el muerto gusto de las peregrinaciones piadosas.»

Cárlos III, Rodriguez y Jovellanos, duermen en la tumba el sueño de los justos, y el santuario de Covadonga se halla en el mismo estado, yermo, solitario...

¡Oh, patria, patria mia!

Pensaba todo esto, inmóvil en la anchurosa plaza terraplenada en la falda misma del monte, perforado éste por un puente que sirve de caja al rio Auseva. Hízola accesible el

docto arquitecto por medio de bellas y cómodas escalinatas, y levantó encima un panteon cuadrado, con una sencilla portada, para enterramiento del Abad y Canónigos de aquel cabildo. En el centro de aquel panteon hay una pirámide consagrada á la memoria del infante D. Pelayo.

Sobre esta mole cuadrada, que tiene escaleras en tres fachadas, se habia de erigir un gracioso templo rotundo, y cúpula, sirviéndola de apoyo algunas columnas aisladas. El templo habia de estar enriquecido con todo el ornato del orden corintio, y con un magnífico tabernáculo, que segun el diseño debia ser una obra original y admirable.

Pero no: el musgo y la yedra cubren los truncados mármoles, y en vez de los cánticos de los sacerdotes y las preces de los fieles, solo se oyen allí los murmurios tristes del Auseva, que parece lamentar tanto abandono, y los ayes del viento que gime en la maleza. En vez de las millares de antorchas, que deberian iluminar el santuario, el sol y la luna derraman sus rayos de oro ó de plata sobre las dispersas piedras, y tal vez alumbran á los inmundos reptiles que se deslizan por su mohosa superficie!

Como he dicho, el crepúsculo recojia apresuradamente los apagados fulgores del astro de la luz, y á medida que las sombras se acercaban, mi meditacion se iba haciendo mas melancólica y profunda. Recordé la imperial Toledo, el palacio de D. Rodrigo, el baño de Florinda, las turbas moriscas asolando como un bramador torrente las comarcas de Andalucía, la catástrofe del Guadalete, y por último mis miradas se fijaron en aquella sagrada caverna, de donde salió el restaurador de la Monarquía española, agitando la bandera sacrosanta del Cristiano, y seguido de sus valerosos campeones...

Me parecia oír el murmullo de sus voces, el rumor de sus pisadas; me parecia ver dibujarse en la oscuridad, siempre creciente, sus sombras venerandas.

De pronto resonó el cencerro de la vaquilla, y á este ruido se mezcló el de la zampoña del pastor que reunia su rebaño.

—Véngase Vd. conmigo á Cangas, me dijo; por la noche no se está bien aquí!... Se oyen ruidos estraños, se ven cruzar fantasmas!... No sucedia eso cuando habia un santuario; cuando los sacerdotes rogaban á Dios por el descanso de D. Pelayo y sus fieles compañeros!... Dicen que son sus almas las que abandonando sus sepulcros así que llega la noche, vagan por estos sitios, y se lamentan del olvido de sus ingratos descendientes!... Vámonos, señor, que es ya muy tarde!

Me sonreí de su credulidad, pero en aquella sencilla creencia, vi una elocuente protesta contra nuestro indiferentismo culpable y vergonzoso!

¡Oh, patria mia!

Al cabo de pocos momentos ya estaba lejos de aquel sitio, y cuando quise volver atrás los ojos, la noche envolvía el monte y la caverna en su opaca sombra!...

Calló el anciano militar, y nosotros abandonamos apresuradamente el esteréoscopio, guardando durante algunos instantes un melancólico silencio.

ANGELA GRASSI.



## LITERATURA.

## LA PRIMAVERA.

Del tuo bel nome amato,  
Cinto del verde alloro  
Spesso le corde d'oro  
Ho fatto risuonar.

(METASTASIO.)

¿Qué luz brilla en Oriente,  
Pintando por do quier prados y vegas?  
¿Qué nubes sonrosadas,  
Débil lluvia vertiendo, se desplegan?

¿Qué dice el arroyuelo  
Que por el campo alegre serpentea,  
Y en plácido murmullo  
Besa las plantas, y los tallos besa?

¿Qué dicen esas flores  
Que su cáliz naciente al día muestran,  
Y al estender sus hojas,  
Viendo el sol despuntar sonrien ellas?

¿Qué dicen esas aves  
Que por el viento presurosas vuelan?  
¿Qué dicen esos ecos  
Que, en el aire esparcidos, á mí llegan?...?

Ese concierto blando  
Yo le escuché otra vez, y no es quimera  
Que finge el alma mía...  
¡Ah! ¡no! mi corazón bien lo recuerda.

Esas rosadas nubes  
Que, con paso veloz, cruzan la esfera...  
Esas nacentes flores  
Donde el puro rocío vierte perlas...

Esas alegres aves  
Que el aire por dó quier cruzan contentas,  
Á estos valles anuncian  
Que de Mayo los días ya se acercan.

Las leves golondrinas  
Dichas prometen, con arpadas lenguas,  
Y en número creciente,  
Ya al cielo van subiendo placenteras...

Ya tocan con sus alas  
Al río, y en sus aguas se reflejan...  
Ya, á lo lejos, se pierden  
Entre el verdor de la lejana vega...

Ya van hácia los nidos  
Que, en un tiempo, de cunas les sirvieran...  
Ya, en bulliciosos cantos,  
Se ven desaparecer, vuelven, se alejan...

¡Mil veces os bendigo!  
¡Benditas, sí, felices mensajeras  
De amor y de placeres!...  
Al miraros llegar, mi dolor cesa.

Quiero salir al campo;  
Quiero mi sien ceñir de rosas bellas;  
Quiero tomar el arpa,  
Y con alegre són vibrar sus cuerdas...

Quiero salir al campo...  
Olvidaré un momento mi tristeza,  
Y haré que cante dichas  
El arpa que tan solo cantó penas...

¡Ya todo es armonía!...  
Me regala la flor su pura esencia;  
Me dá el ave su acento;  
Alfombra de verdor mis piés encuentran.

Dulces, tranquilas brisas  
Que cruzan el jardín de placer llenas,  
Resbalan por mi frente,  
Y con giro fugaz mis lábios besan...

¿De quién es ese beso?  
¿De quién, decid?... ¡Oh, corazón, no vuelvas  
Tus ojos al pasado!...  
Mira dó quier la hermosa Primavera.

Corona que mis sienes  
Ciñendo vas, tú la auréola bella  
Eres de la ventura;  
En tí el placer mi corazón encuentra.

Frescas, tempranas rosas  
Que ahora ceñís mi juvenil cabeza,  
Hermosas sois y puras,  
Y ceñirse con vos ¡qué poco cuesta!...

Yo, lleno de ilusiones,  
¡Ay! de la gloria comencé la senda...  
Y ya casi desmayo...  
¡Y no he ganado, ni un laurel siquiera!

¡Ni conseguí una rosa  
Con que el arpa adornar!... Triste poeta,  
Cruzando fui este mundo,  
Siempre soñando glorias por dó quiera...

Y ¿qué hallé? ¡Solo llanto!  
¡Lágrimas que el pesar verter me hiciera!  
¡Aplausos que son viento!  
¡Envidia, ingratitud, dolores, penas!...



Hermosas florecillas;  
Tranquilo río donde el sol se quiebra  
En mil puros destellos;  
Sencillas aves que volais contentas;

Arboleda sombría;  
Brisa suave que el jardín orea;  
Pétalos delicados;  
Aurora que ilumina la pradera;

Árboles que las ramas  
Hacia el suelo doblais; menuda yerba  
Donde brilla el rocío  
Como en el verde mar las blancas perlas...

¡ Todo yo lo bendigo!...  
¡ Todo á mi alma plácido se muestra!...  
¡ Oh juventud del año,  
Estacion del placer, bendita seas!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

## LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

### IV.

#### *Cambio inesperado.*

La noche que siguió á la escena que acabamos de referir, fué muy cruel para María, y mucho mas para el Marqués; ambos habian sentido por primera vez ese afecto purísimo que tiene su raíz en el alma; ese sentimiento misterioso y dulce que inunda los sentidos de felicidad, y que sabe conmover las fibras mas ocultas del corazón. María, no pudiendo conciliar el sueño, se levantó dos veces de su modesto lecho y se puso á la ventana, pretendiendo que el aire húmedo de la noche refrescara su dolorida cabeza, ¡ pero en vano! la pobre niña luchaba con el sentimiento que le habia inspirado aquel hombre tan gallardo y tan arrogante, y con las ideas de intachable honradez que la inculcáran sus padres.

En una de las veces que se levantó la sintió Macrina.

—¿Qué haces, hija? ¿Estás mala? exclamó desde su lecho, que estaba en la alcoba á la parte opuesta de la sala donde se hallaba el de la jóven.

—No es nada, contestó ésta, sentí ruido y me levanté á ver si estaba la ventana bien cerrada.

—¿Y cómo está la noche?

—Llueve copiosamente.

—¡Ay! ¡y tu padre que se ha quedado en Guadalajara!

—¿Y para qué le queria ese señor Marqués?

—Sabes que me va poniendo en cuidado su ausencia.

—Pretenderá detenerle para que yo transija con sus deseos, pero en vano; nunca consentiré en ser el juguete de los cortesanos.

La lluvia continuaba cayendo, porque se sentía el monótono ruido de las anchas gotas al caer sobre las hojas de la parra. María se recogió de nuevo, y fuerte con la conciencia de su deber, se quedó dormida para soñar con el Mar-

qués, cuya imágen no podía arrancar de su corazón.

Antes de amanecer llamaron á la puerta; Macrina se levantó, fué á abrir creyendo sería su marido, y se encontró con un hombre que, provisto ya de su bandolera de guarda y su escopeta, la dijo:

—Soy el nuevo guarda del Duque, y vengo á decir á Vd. que tenga la bondad de dejar libre la casa lo antes posible, porque me voy á traer á la familia.

—Pues ¿y mi marido?... exclamó Macrina aterrada.

—Parece que le han dado un destino mejor que este en una quinta cerca de Madrid, y se fué anoche para tomar posesion; me dijo que no tuvieran Vds. cuidado ninguno, y que se vayan preparando para el viaje.

—¡Virgen del Cármen!... Qué sorpresa... pues á mí no me agrada variar, acostumbrada de toda la vida á estar aquí.

—¡Y si va Vd. á mejorar, buena mujer! ¿de qué se queja? ¡Ojalá me le hubieran dado á mí! En cambio de esta casilla en el campo va Vd. á tener un palacio y jardines y fuentes; vaya, poco hermoso que es aquello; ya estuve yo allí una vez de peon.

—Pero ¿qué destino lleva mi marido?

—Creo que mayordomo de la quinta; como el Sr. Mauricio es tan hombre de bien, y se ha portado siempre con honradez en la casa, ha querido el señor Duque recompensarle haciendo que le den ese destino en casa del Marqués del Torrente.

—¡Ah! ¿El Marqués? ¿Luego vamos á servir á otro amo?

—Así parece, buena mujer, dijo el nuevo guarda entrando familiarmente en la cocina y sentándose en un escaño, disponiendo ya como en su casa con entera libertad.

—Hija, vístete pronto que tenemos novedades, dijo Macrina entrando en la sala.

—Todo lo he oído, madre, contestó la jóven, y me temo alguna desgracia; porque esto es una intriga del señor Marqués.

—Sea lo que quiera, hija, si no nos conviene le diremos que no, y santas Pascuas; donde ganar honradamente un pedazo de pan no nos ha de faltar; con que sea lo que Dios quiera.

María calló. Macrina se puso á hacer todos los preparativos de viaje, empaquetando y arreglando los diferentes efectos de que se componia su pobre ajuar.

La pobre mujer, aunque aparentaba otra cosa, en el fondo de su alma se alegraba de aquella impensada traslación. Ella no tenia malos sentimientos, ni conocia la delicadeza de las personas de buena educacion, y como se veia vieja ya, y viejo su marido, no podía menos de alegrarse que su hija fuese pretendida por un gran señor, suponiendo, y con fundamento, que de esta manera nunca les faltaria que comer, y podrian pasar la vejez descansadamente.

Se imaginaba que siendo María tan bella y tan virtuosa, no tendria inconveniente el Marqués en casarse con ella; ignoraba la infeliz que el orgullo y la diferencia de clases impide semejantes alianzas.

Esta conviccion la hacia alegrarse interiormente del nuevo destino de su marido, que les pondria mas en contacto con el Marqués.

Á María, con mas talento y natural despejo que su madre,



no se la ocultaba que iba á sufrir una persecucion horrible, y antes de marchar quiso prepararse, fortaleciéndose con algunos medios de defensa.

Al efecto, se marchó al pueblo con objeto de despedirse de sus amigas, prometiendo á las mas íntimas hacerlas pronto una visita; luego, como por casualidad, pasó por la calle en que vivía Manolo; su madre estaba en la puerta haciendo calceta.

—Adios, mujer, ¿dónde vas tan de prisa? la dijo; parece que ya no te quieres hablar con los amigos. ¡Ya se ve!... ¡Cómo subo, subo! de pregonero á verdugo, y el orgullo va creciendo á medida que van subiendo.

—¿Por qué dice Vd. eso, tia Chiripa? Como Vd. no me quiere bien esa es la causa de que yo me pasara de largo; y no sé qué tenga esto que ver con el orgullo.

—Lo digo porque como desde guardesa te han hecho mayordoma, segun dicen malas lenguas, no seria extraño que te hubieras envanecido. Las buenas mozas teneis esas ventajas, os protejen los señores, y aquellos que la otra tarde querian tomar parte en el baile, me parece á mí que se fueron con algunas ganillas de llevarte por allá; pero ya lo han conseguido.

—Como Vd. se lo dice todo, tia Chiripa, nada tengo que añadir, contestó algo picada María, y es necesario que sepa Vd., señora, que si á mi padre le han hecho mayordomo por la proteccion del señor Duque, á quien ha servido cuarenta años fielmente, no tiene eso nada que ver con que yo sea buena moza ni deje de serlo. Si muy honrada me marchó de Tórtola, con la misma honradez volveré á ella, si Dios quiere; porque este es el pueblo de mis padres y el mío, y nos será muy grato morir donde hemos nacido.

—Ni tú eres de Tórtola ni tampoco hija de Mauricio; Dios sabe si te habrán traído de la Inclusa.

—¡Qué dice Vd.! Esas sí que son calumnias de su mala lengua.

—Vaya... ¡por supuesto, calumnias!... ¡Cómo que por eso no te quiero yo para mujer de mi hijo! Puedes pedir á tu padre la fé de bautismo, y es seguro que no te la entregará, á fé de Chiripa.

—Como tiene Vd. misterios hasta en el nombre, se le figura que en todas partes cuecen habas.

¡Ea! que Vd. lo pase bien; maldita la gracia que me hace su conversacion, siempre satírica y mordaz; y si usted no me quiere para su hijo, no se ensanche, que tampoco le quiero yo á él, porque no me gustan las gentes de Chiripa.

—¡Miren la descarada!... Exclamó la vieja, viendo que María se marchaba muy serena.

No ha tomado poco orgullo la guardesilla; apostaría á que se la figura que va á pretenderla algun lechuguino de Madrid.

Antes de pasar adelante, explicaremos la causa de conocerse en Tórtola á la madre de Manolo por el apodo de Chiripa. Ella era viuda, y el nombre lo habia heredado de su marido, como heredó bastantes fincas y una casa muy regular.

Segun decian en el pueblo, el tio Chiripa, antes de llamarse así, era muy pobre, y se mantenía de comprar las heces de las tinajas de aceite, que le vendian en las casas ricas, y que luego él procuraba aclararlas, vendiéndolas á su

vez con algun producto. En esta industria estuvo muchos años, hasta que de repente le vieron comprar casa, olivares, tierras y mulas; haciéndose en poco tiempo uno de los labradores mas acomodados de Tórtola.

Nadie sabia el origen de esta impensada fortuna; pero como en este mundo, á la corta ó á la larga todo viene á saberse, empezó á correrse la voz en el pueblo de que entre las heces de la última tinaja de aceite que habia comprado, se encontró escondidas una gran porcion de onzas de oro y alhajas de valor; sin duda escondidas allí por algun viejo avaro, temeroso de que se las robasen, ó por ocultarlas á la rapacidad de los franceses, que poco antes habian invadido la España.

Esta voz corrió como muy válida; él no la desmintió, ni tampoco la afirmó, por lo cual, nada pudo probarle la familia en cuya casa se atribuía el encuentro.

De manera, que por esta chiripa se hizo rico y se quedó con tal apodo, que hasta hoy están llevando sus descendientes.

Cuando María llegó á su casa iba llorando.

—Madre, me han dicho que soy inclusera... ¿Es verdad esto? exclamó.

—Siempre habrá sido la parlanchina de la tia Chiripa la que te haya ido con esos cuentos; si voy á su casa la saco la lengua, dijo con mal humor Macrina, que habia procurado siempre ocultar á María su origen.

—Pero, ¿es cierto, madre?

—¡Qué ha de ser!... Son chismes de la tia Chiripa.

La jóven pareció quedar un poco mas tranquila, aunque no del todo convencida.

—Ayúdame á concluir de arreglar todo esto.

—¡Tan pronto! exclamó María.

—¡Toma! Como que ya ha mandado tu padre por nosotros. Ahí están ya los carros preparados para cargar el equipaje, y con encargo espreso del Marqués para que no nos detengamos un minuto. Y mira si nos trata con poca etiqueta, que ha enviado un carricoche con cuatro mulas llenas de moñas y cascabeles á fin de que no nos cale la lluvia y vayamos con comodidad.

—¡Oh! muy previsor está nuestro nuevo amo, exclamó María; quiera Dios que no tengamos que lamentar algun dia este exceso de atencion; sin duda detiene allí á mi padre para obligarnos á ir; en fin, iremos, y cúmplase la voluntad de Dios.

—¿Te has despedido de Manolo?

—No, señora; con esa idea fui al pueblo, y no le ví.

Pero, calla, si no me engaño, siento su voz; voy á verle.

—¡Pobrecillo!... lo va á sentir, dijo Macrina.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



## TEATROS.

Rara ha sido la vez que en el presente año hemos dirigido nuestras miradas al régio coliseo para dar cuenta de las funciones en él verificadas. La escasa novedad del repertorio por una parte, y por otra la sobra de favor que el público dispensa en la actualidad á la música, nos han movido siempre á consagrar nuestro modesto óbolo en beneficio de la decaída literatura dramática. Por tal razon la hemos preferido como asunto de estas revistas. Hoy sin embargo nos moveremos en la esfera de aquel arte seductor, pues á ello nos impulsa la circunstancia de haberse verificado una solemnidad verdadera.

Ha sido ésta la ejecucion de *Guillermo Tell*.

Tres cosas podemos examinar, á saber, la produccion en sí, el desempeño artístico y el modo con que se ha puesto en escena.

De lo primero nada es posible decir que no sepan nuestras ilustradas lectoras, no ya las que tengan especiales conocimientos en música sino todas en general porque inmensa es la reputacion de esta ópera. *Guillermo* es una de las más elevadas eminencias del mundo artistico, es uno de los astros de primera magnitud en el cielo musical. Rossini, célebre ya cuando lo escribió por obras inmortales como *Il Barbiere*, *Othello*, *Mosé* y *La Cenerentola*, llegó en ésta al apogeo de su genio y de su inspiracion, y habiendo sabido pararse á tiempo en su carrera, quedó colocado en el cenit de la reputacion, siendo su último recuerdo su triunfo más estrepitoso.

En dicha ópera amalgamó el autor felicísimamente la espontaneidad de su genio melódico y la profundidad de conocimientos del hombre de ciencia, inoculando en su composicion la levadura del arte francés que comunicaba á sus formas espíritu moderno y fin trascendental. Así es que *Guillermo* no es solamente una ópera, es un libro que aunque escrito con notas musicales responde á un objeto definido y concreto, más elevado que el que tienen producciones de este género. Y si esto puede decirse en su conjunto y como obra filosófica artística, áun mayores elogios cabe tributarle como manifestacion del arte bello de la música. Gérmén inagotable de fáciles y elegantes melodías, cuadro de admirables efectos tanto en su pintoresca y variada composicion cuanto en la riqueza de sus detalles y en el vigor del claro oscuro, tesoro de rasgos de génio que brillan como inapreciables joyas; la última partitura de Rossini ha marcado un progreso en el arte de Mozart, un punto á que difícilmente llegarán los compositores en lo sucesivo. Que tiene defectos podrá objetarse tal vez por los que valiéndose de un criterio riguroso quieran aquilatar la ley de su mérito: no lo negaremos: ¿qué obra humana no los tiene? Sin embargo, habrá de tomarse en cuenta que así como al cristal lo empaña el aliento; así como sobre la blancura del armiño se echa de ver la mas leve media tinta que parece mancha; así cualquier pasaje menos inspirado, cualquier rasgo menos feliz, se advierten aun siendo insignificantes imperfecciones en sí, porque se hallan en inme-

diata comparacion con la tersura y nitidez de una intachable forma.

Pero ¿á qué hablar mas de la importancia de *Guillermo*? Cuanto digamos no añadirá un ápice á su valía: él ha dado la vuelta al mundo, y estos viajes no se hacen sino por maravilloso motivo, mucho más cuando el viajero pasa por una no interrumpida sucesion de triunfos.

Buena ha sido en verdad la ejecucion de esta partitura, no ya por los principales cantantes sino por los de segunda línea que se han esforzado con acierto para no desentonar el cuadro.

La Sra. Nantier Didier y el Sr. Tamberlick, que daban realce á la funcion con motivo de presentarse en ella ante el público por la vez primera de este año, han desempeñado respectivamente sus papeles con elegancia y exquisito gusto. Sin embargo, el excelente tenor ha sido quien á mas altura ha rayado, pues, aunque debilitado en cuanto á sus facultades orgánicas, por lo que hace á la manifestacion del talento, del saber y de la sensibilidad nada ha dejado que desear. ¡ Con qué reposo frasea! ¡ Con qué tino y pasion acentúa! ¡ Con qué pureza pronuncia! Trabajo y no corto seria enumerar los puntos en que luce más sus condiciones de artista: no tenemos espacio para tanto. Diremos únicamente que en el terceto famoso del segundo acto, el Sr. Tamberlick canta y se expresa como el autor lo habrá imaginado probablemente.

Tambien se halla decaído en sus facultades el Sr. Bonnelée, y sin embargo ha quedado airoso en su papel de protagonista. No sólo en el conjunto de las piezas grandes de la ópera, como por ejemplo el terceto referido, ha llenado con acierto su puesto, sino que en las que figura sólo en primer término, como la de la manzana, ha revelado nuevamente sus cualidades de actor y de cantante. Hále seguido con fortuna el Sr. Medini que, aunque no brillando aisladamente, ha contribuido á armonizar con vigor las dramáticas escenas del acto segundo. Tambien la señorita Sonnieri ha contribuido por su parte al buen efecto del conjunto.

Los coros, ensayados con precision y energía, han tenido momentos verdaderamente felices, pero en tales cualidades ha sobrepujado la orquesta las más elevadas esperanzas. El Sr. Bonnetti tuvo que dar las gracias en nombre propio y en nombre de ella á los calorosos y merecidos aplausos que la concurrencia le tributó.

*Guillermo Tell* ha sido bien puesto en escena, con agradables decoraciones, con esmero en los trajes, y con suficiente acompañamiento. La empresa ha cumplido como debia.

Para concluir esta revista, aprovechando el espacio de unas pocas líneas, diremos de los teatros de verso y de zarzuela cuatro palabras.

En el de la calle de Jovellanos se han estrenado dos obras: un proverbio en un acto, titulado *El sastre del Campillo*, produccion lijera que ha hecho reir y ha pasado medianamente, original del Sr. Zamora y Caballero; y un dra-



ma en dos actos arreglado del francés por D. Ricardo de la Vega, con el nombre de *El 13 de Abril*, muerto apenas nacido.

De los Bueros solo diremos por hoy que en él siguen la

broma y la caricatura. Del Circo con su nueva compañía de zarzuela se tratará en otra ocasión.

DIEGO DE RIVERA.

## LABORES.

La muestra que ocupa el primer lugar de nuestro grabado es un bordado de guipure con aplicaciones de estrellas de crochet, labor que ha recibido el nombre de *guipure mosaico*, y es en extremo á propósito para cuellos, puños, pañuelos, entredoses de camiseta, etc. Compónese de rosetas bordadas á feston, y estrellas de crochet que se ejecutan aparte, cosiéndolas por los extremos al bordado.

Este se ejecuta pasando á bastilla sobre la batista ó nanzouk el dibujo ya marcado con el lápiz, cuidando de que estas bastillas queden muy cruzadas para mayor solidez: despues se recorta la tela en todos los espacios que marca el dibujo, y se bordan los cuadros á feston, concluyendo por colocar las estrellas en los huecos mayores, las que serán ejecutadas aparte de este modo:

Doce puntos cadeneta que se reunen en círculo.

1.<sup>a</sup> Vuelta.—Toda de puntos dobles, distribuyendo entre ellos ocho *picots* (4 ps. de cadeneta al aire).

2.<sup>a</sup>—8 ps. de cadeneta, que se cierran en feston entre cada uno de los *picots*.

3.<sup>a</sup>—Otros tantos festones de 10 ps. cada uno que se enganchan en el centro de los anteriores, y sirven para sujetar á la estrella en los ángulos del bordado.

La cubierta de cuadros ejecutados á crochet, que ocupa el segundo lugar, es una de esas labores siempre útiles, siempre aceptables, que vienen á aumentar la rica colección de tejidos de crochet, utilizada sin cesar por la mujer laboriosa. En la que nos ocupa, se ejecuta cada cuadro se-

paradamente, uniéndolos una tira calada como muestra el dibujo.

Comiézase cada cuadro por el centro con una cadeneta de cuatro puntos, que se cierran en círculo, y en cada uno de estos puntos se hacen tres, ejecutando así cuatro vueltas en espiral y á puntos dobles, haciendo siempre tres puntos en el centro de los tres que se hicieron primero, y que van formando el ángulo del cuadro. En la cuarta y quinta vuelta se hacen, alternando, un punto liso y una barra: en cada ángulo se ejecutan en un mismo punto dos barras separadas por dos puntos lisos, y despues se continúan las vueltas 7.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup> de puntos dobles como las primeras. Las vueltas 10.<sup>a</sup> y 11.<sup>a</sup> van caladas como la 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>, y despues se hacen otras tres tupidas.

Terminado el tejido, se bordan al pasado con algodón de color los bодоques, que en cuatro carreras adornan el cuadro. Este se rodea despues de una hilera de presillas, por la que se une á las otras del otro cuadro con aguja de coser, resultando entre ambas la lista calada que une los cuadros. Cuatro vueltas caladas y un fleco hecho de cuadros anudados por la mitad á la última vuelta de calado, completan esta linda labor.

Su mayor aplicacion es para colcha, ejecutándola con algodón muy grueso de uno y de otro color; pero con algodón mas fino, puede servir para cubierta de butaca, almohadones, etc.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## MODAS.

*Esplicacion del Figurin, núm. 847.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE CALLE.—*Vestido camaleon brasileño* (reps muy fuerte), adornado de seda escocesa.

Falda primera redonda, que deja ver el pié, adornada al canto de tres terciopelos negros y ancha tira escocesa encima: falda superior, tableada todo alrededor y cortada en picos, ribeteados de terciopelo, que dejan ver todo el adorno de la anterior.

Paletot holgado y corto, de igual tela y adorno.

Sombrero de terciopelo negro, de copa chata y ala caída sobre la frente y levantada por los lados, adornado de vivos de seda cereza y puntilla que cae alrededor: bridas de terciopelo.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE CONVITE Ó SOIRÉE.—*Vestido de muselina blanca*, adornado de bieses de seda malva y sargas de perlas.

Falda doble, terminada á grandes ondas la primera, y adornada de bieses de tafetan, que se cruzan en los extremos de las ondas, sujetando la cruz un broche de perlas.

Volante liso de la misma muselina termina el largo de la falda: la segunda falda, terminada al canto por volantito, va levantada en pabellones por lazos malva con broche de perlas, formando los mismos delantal.

Cuerpo escotado, con biés malva, que baja por delante á sujetarse con el cinturon, malva tambien: otros mas estrechos cruzan entre el ancho, con broche en el centro, mas pequeños que los del hombro. Manga de bullon.

Peinado de bandós levantados, formando con las puntas un lazo en la parte superior, cuyos extremos descienden sobre la frente, y lazo de cinta malva con sargas de perlas sobre la castaña.

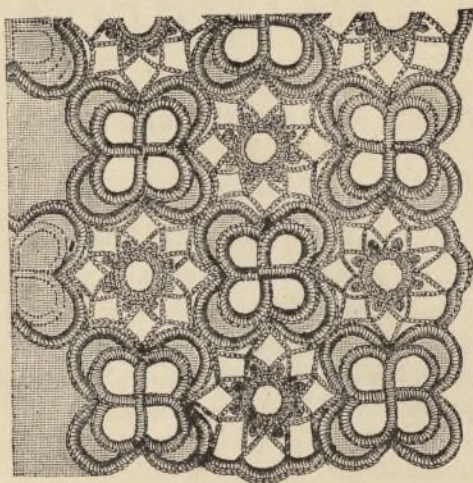
Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



1



2

